

PALOMA

Y UN POCO DE AMOR

Julio Corbea Calzado

...ver tu alma una noche desnuda
al borde de una playa imantada.

Raúl Hernández Novás

Para Ángel Luís, Yito y Laura de las Mercedes

La única foto que conservo de sus días de estudiante universitaria en Cuba no permite ver la claridad de sus ojos, entonces inocentes. La foto, hecha por la mano apresurada de otro estudiante, está tomada desde el centro de la avenida de Garzón, dando la espalda a la Clínica de los Ángeles y los edificios de los alrededores. La calle se ve humedecida por la lluvia. Una bandera cubana flota colgada a la altura de los edificios multifamiliares de 18 pisos y una avanzada de jóvenes dirigentes universitarios, adelantados de la masa que desfila, sostienen una tela en la que se lee: *La Universidad para los revolucionarios. Que se vaya la escoria*. En el extremo derecho está ella. Aferradas sus manos a la tela, que le es disputada por otras muchas manos. Las de ella participan de una crispación entre las de un dirigente de la Facultad de Filosofía e Historia (¿Henry Sarmiento?) y las de una muchacha de la Facultad de Filología, con el rostro marcado de acné. Es lamentable que el apresurado fotógrafo no captara la agresiva claridad de esos ojos por aquellos días.

Muchas veces hablé de ese desfile con ella. Me recuerdo con desesperación, tratando de proteger de la lluvia, bajo mi camisa, el *Jeremías* de Stefan Zweig de los fondos de la Biblioteca Universitaria. Mi embarazo al devolverlo, ocultando las manchas oscuras del agua sobre aquel pasaje: “Bendice la noche, ella oculta nuestras lágrimas, ella cubre nuestra ignominia”. Ese día, el de la marcha desde la Universidad hasta el Parque Céspedes bajo la lluvia, yo no le conocía. Le conocí una tarde de viernes en una librería a escasa distancia de donde el estudiante le fotografió. Recuerdo haber entrado por un ejemplar de *Materialismo y Empiriocriticismo* que era el entuerto que debía desfacer para un seminario de filosofía. Descubrí sin embargo, solitario en un estante a la izquierda, un tomo pequeño de portada gris y amarilla, que resultó: *Nombrar las cosas*. Mientras contemplaba la gracia del equilibrista de Boloña “desafiando el vacío con elegancia de paso de minuet”, escuché la voz a mis espaldas: “En la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte / donde la demasiada luz forma otras paredes con el polvo / cansa mi principal costumbre de recordar un nombre”. La voz era la de una muchacha

más bien delgada, de pelo negro y ensortijado, casi tan alta como yo y con la nariz respingada tirando ligeramente de su labio superior. Sus ojos desde esa ocasión se me antojaron agresivos. Le miré sin disimular mi rabia. Me llamo Paloma, dijo sin atender mi furia. Te he visto dos veces en la imprenta de la Universidad y tus espejuelos son horribles, agregó. No supe qué responder, nunca sé qué responder ante la gente que me invade de ese modo. Me reprendió por mi ignorancia de la poesía de Eliseo Diego e hizo la promesa de verme el lunes siguiente en la mañana en uno de los talleres de la Imprenta Universitaria.

Hablamos casi cuatro horas seguidas esa mañana de lunes. A las que sumamos otras tantas de la mañana del martes en un banco de los jardines del edificio central universitario. Desde aquellos dos días me fue indispensable su conversación. Con frecuencia repaso los sitios (algunos inexistentes ya) de nuestros encuentros: los escalones traseros de la Imprenta Universitaria, los bancos del SEDER (sobre todo el último, cercano a Extensión Cultural), un puentecillo en la vecindad de la hemeroteca, unos árboles generalmente desiertos que bordeaban un edificio rosado de la Facultad de Ciencias Biológicas, la Sala General de la Biblioteca, un bebedero al final de un bloque de aulas que llamaban las polleras, la escalera del último edificio de becas cercano a la Carretera Central, el motel *El Rancho* los días de pago del estipendio estudiantil. En este motel me han asegurado que durmió Julio Cortázar en una estancia en Santiago. Yo mismo he repetido después la versión contada por Paloma de que el autor de *Rayuela* escribió en este motel uno de sus relatos. Este sitio está para mí no sólo asociado al recuerdo del escritor argentino, viene asociado a la exquisita comida y los irrepetibles ostiones que degusté con mis amigos Ángel Luís Mas Sánchez y Jorge Andrews Thomas, servidos para nuestro asombro y curiosidad por un primo hermano del dictador Fulgencio Batista. En una cafetería al aire libre de *El Rancho*, Paloma me confesó tres cosas que iban a decidir el sentido de su vida. No tenía vocación para estudiar ingeniería, lo hacía por capricho de su padre y su madrastra; estaba convencida de que su padre sólo amaba a sus medio hermanos; y que su hambre de amor y de afecto eran insaciables. Esto último lo dijo con las lágrimas en los ojos y mostrándome una foto de su madre fallecida cuando ella tenía sólo seis meses de edad.



Durante uno o dos años debo haberme encontrado centenares de veces con ella. En ocasiones breves minutos, a veces largas horas. Debo haber compartido la lectura de decenas de novelas y poemarios. Dos lecturas le agradezco de modo especial: *Bomarzo*, de Manuel Mujica Lainez y una *Antología de poesía clásica japonesa*. ¿Por qué su insistencia en que leyera *Bomarzo*? Es que acaso encontraba ella en la historia de Pier Francesco Orsini, marcada por el desamor de su padre, una réplica de su propia tragedia personal. Conservo todavía el ejemplar de *Bomarzo*, lleno de citas y subrayados. La deslealtad me hizo regalar la preciosa *Antología de poesía clásica japonesa*, mereciendo el perdón por haberla obsequiado a alguien a quien amé, breve e intensamente, como dice Antonio Gala que son los amores auténticos.

Hay un período largo y brumoso de mi relación con Paloma. El único detalle que puedo precisar en el origen del enfriamiento de nuestro diálogo, ocurrió en la exhibición de un ciclo de películas de Eisentein y Pudovkin en la Cinemateca Universitaria, organizada por el pintor Miguel Ángel Botalín. Esa noche, mientras apenas podíamos hablar de la emoción en la sala a oscuras, por las imágenes de *El Acorazado Potemkin*, una mano tiró de su hombro. Se levantó bruscamente, dejó caer su tarjeta del cine club y sólo alcanzó a decir, no vuelvo. El descenso del cochecito por las escaleras de Odesa y su partida me dejaron esa noche una misma y única aprensión. Aún hoy, cuando me fallan los afectos revivo el cochecito escaleras abajo, esta vez por los escalones del lado oscuro de mi corazón. Después de aquella noche evitaba encontrarse conmigo. Pretextaba cualquier razón para que nuestro diálogo quedara trunco. Fue en la librería universitaria donde se rompió el hilo de nuestra cordialidad. Acompañada de un joven estudiante de ingeniería e integrante del equipo de béisbol universitario pasó junto a mí negándome aquella agresiva claridad de sus ojos. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que volvimos a rehacer el hilo de nuestra cordialidad? No puedo precisarlo. Octubre de 1983 se me antoja como el mes y el año en que volvimos a hablar desde la mañana de la librería. Acompañando al poeta Jesús Coss Cause a un comedor obrero en las proximidades del Zoológico, la encontré. Llevaba un bolso repleto de revistas de medicina. Traducía artículos del inglés y el francés

por encargo. No había terminado la carrera de ingeniería y había abandonado la casa paterna. Vivía en un garaje alquilado en Vista Alegre. La visité en dos ocasiones en ese garaje. Tenía el techo decorado con imágenes del infierno recortadas pacientemente de revistas de arte. Sigo necesitando afecto y amor, me dijo la primera de las dos veces que la visité. Nada hablamos de nuestro pasado interrumpido y ya brumoso. Un par de spikes y un guante descolorido junto a un bate de béisbol, eran todavía un testimonio elocuente de una presencia difícil para ella y para mí. El fotógrafo Miguel Rubiera que me acompañó en la última oportunidad, insistió en fotografiarla descalza, sentada en una estera, contra un fondo de postales y libros desbordándose por las paredes. Se negó rotundamente. Permitted sin embargo fuera tomada una imagen de sus manos tirando del cordón de una lámpara *art nouveau* con los cristales rotos. Seguía necesitando el afecto y el amor que le fuera negado: el de su padre. ¿Qué pasa en el corazón de un padre para poner diques y preferencias en el amor a sus hijos? Nunca fue tan premonitorio el verso de Silvio: “Con un poco de amor yo me salvo”. Ahora que intento hablar de alguien que ya no está o mejor, está en otra parte, me duele que no tuviera ese poco de amor que le hubiese salvado. Porque no hay pérdida ni extravío mayor que recibir desamor.

Para hacer coherente este relato debo decir que Paloma fue expulsada del “garaje infernal” por recibir “hombres y mujeres extraños en horas inadecuadas”. Después de ser expulsada, por sostener esa extraña cofradía de noctámbulos y lectores, la vi sólo una vez. Quería, según sus palabras, legarme el único tesoro que poseía después de sus libros. Me invitó a un paraje descubierto por ella a la orilla del mar después del poblado de Uvero, en la carretera hacia Manzanillo. Presuponía que esa desierta e inviolada playa conservaba el aliento de los días en que la tierra era un Edén. Silencio, luces en fuga desgarrando el cielo y un mar de espuma encrespada fue el escenario para tributar la desnudez de su cuerpo al agua infinita y hambrienta. Contemplé su pubis en el ocaso con la misma inocencia con que debió de mirar el primer hombre antes del pecado original. Me agradezco hasta hoy mismo que mi torpe deseo juvenil y la flaqueza de mi carne no turbaran su imagen entrando blandamente en el agua, después de hollar



la arena, esquivando unas piedras pulidas semejantes a enormes huevos de animales de una edad extinguida.

Al retirarnos de la playa, subimos una elevación: ¡Coronada de cruces! Por unos instantes, el descubrimiento de la muerte tan cerca de un sitio que parecía congelado en el tiempo desde los bíblicos días le desconcertó. Los sepulcros, amorosamente cavados en la tierra, se sucedían sin orden ni orientación. Una tosca cruz, con el nombre y la fecha de nacimiento y muerte era el único lujo que se permitía a la memoria de los allí sepultos. Es decir, esas humildes cruces y puñados de flores secas colocadas en pomos de mermelada, junto a azucenas que aún perfumaban al paso del viento. Se arrodilló junto a las tumbas. Con gran esfuerzo, por lo escaso de la luz, le vi leer la inscripción de una de las cruces. Apenas tres años había vivido la criatura allí enterrada. Una tosca cruz, tan humilde como las otras, era el único testimonio de la existencia de ese pequeño ser ante la eternidad de la noche, el mar y las estrellas. Pensé que la tierra hacía su trabajo de siglos, devolviéndolo a un ciclo cósmico, bello quizás por inútil, de nacimiento y muerte. Paloma, como si hubiese escuchado mis pensamientos afirmó: “Está enterrado en el sitio más bello de la tierra”. Con la rodilla hincada todavía en el suelo, desmenuzó los terrones agrietados, aventándolos a lo largo del sepulcro. Con cuidado ató una cinta de su pelo a la cruz y bajamos a la carretera en silencio; sintiendo casi el fragor de la tierra comiendo indiferente a sus muertos. Mientras la oscuridad, igualmente voraz, iba tragándose nuestra presencia. Llenos de silencio, noche y muerte dormimos en los bancos de la Terminal de ómnibus de Chivirico. Puedo evocar aquel instante como el de una extraña y perfecta comunión con mujeres, hombres y niños, todos adormilados, que se me hacían solidarios y familiares, por presentirlos trágicamente mortales como nosotros. Algún día todos, sin excepción, al igual que aquella criatura de tres años, seríamos reducidos a jugos elementales por la tierra. Ese amanecer viajando de regreso a Santiago me confesó que se iba a Jobabo, con el único familiar que la apreciaba, un tío torcedor de tabaco. Siempre le gustó aspirar el humo del tabaco. Le recordaba el olor impregnado en las ropas de su tío. En

realidad ese tío, el olor y la fascinación del tabaco es ya la otra parte de esta historia.

Nada supe hasta noviembre de 1995. El encuentro con una amiga en un salón de espera del aeropuerto de La Habana, me permitió conocer de la vida de Paloma: “Se casó con un alemán y se fue a vivir a Europa”. Con paciencia de artesano pude reconstruir y componer las piezas de su destino. Un alemán barbudo y melómano, además de apasionado a los tabacos, conoció al tío de Paloma. No es difícil imaginar a aquel espíritu germánico pasando su admiración de la destreza torcedora del tío a la de los ojos claros de Paloma, necesitada de un poco de amor. Me los he imaginado a ellos —Paloma y el alemán— despedidos entre las ondulantes volutas de humo del tabaco. Ella con lágrimas en los ojos, tratando de retener para siempre el olor del afecto en las ropas de su tío.

Manos amigas me han proporcionado un gran número de cartas, fotos, correos electrónicos. En ellos encuentro saludos y besos con años de retraso, mensajes que nunca fueron dados; no me resisto a copiar lo escrito al dorso de una tarjeta postal: “Imposible de conseguir *El Cuarteto de Alejandría*”. Las fotos, al menos las que he examinado, tienen el mismo encanto personal que ponía en coleccionar reproducciones del infierno. Aparece en una con un suéter gris y unos pantalones desteñidos en un puente “donde la gente escoge suicidarse en Madrid”, otra en Córdoba en plena judería “con un religioso y una religiosa que me han ayudado en mi desorientación espiritual”. En París, “parada frente a una ventana de la casa donde murió Voltaire”.

Con meses de retraso, como esas cartas y fotos, me enteré de su grave accidente automovilístico. Atropellada por un conductor ebrio. A la distancia en que esto escribo espero que Paloma sepa perdonar tantas innecesarias confesiones; porque ella como yo sabe que todos necesitamos cada día un poco de amor. Por eso pido a padres y chóferes: no dañen a las palomas. ☒

Julio Corbea Calzado. Historiador y escritor cubano, graduado de la carrera de Historia en la Universidad de Oriente. Fue director de la revista *Del Caribe*, que edita la Casa del Caribe en Santiago de Cuba, en la cual colabora. Es historiador del poblado de El Cobre, en donde se encuentra la iglesia de la Virgen de la Caridad.